

por que cuando podia imitar la pobreza de Jesucristo, se manifestó tan resuelto á no abandonar aquel pobre albergue, que se vieron en la precision de dejarle en él. Lo mas particular era, que sus gentes estaban mucho mejor alojadas. Pero siempre acostumbraba hacer lo mismo, y cuando las cosas dependian de él, siempre escogia para sí lo peor; empeñándose en esto con tal teson, que sus familiares no se atrevian á contradecirle: lo que se vió claramente á su vuelta de Aviñon. El paso de la Corte hacia que fuese difícil hallar alojamientos. Dijo á los de su comitiva, que se alojasen como pudiesen; y no hubo alguno de entre ellos que no lo estuviese mejor que él; porque una vez entre otras se vió obligado á retirarse á una choza, en donde pasó la noche vestido y sobre la paja. Cuando se le representaba, que aquellas incomodidades que él mismo se buscaba, perjudicarian al fin á su salud, respondia, que era de un temperamento robusto, que las conveniencias y comodidades no servirian sino para alterarlo, y que un poco de trabajo contribuia á mantenerlo en su vigor. Asi es como cubria con razones especiosas el espíritu de mortificacion, que animaba todas sus acciones. No queria agradar sino á Dios; queria tambien, que los motivos que le hacian obrar, fuesen conocidos solamente de él. Nada es mas debido á la virtud, que las alabanzas, nada hay tampoco que sea mas capaz de destruirla; jamas podria uno ser demasiado precavido en evitarlas.

El primer cuidado del santo Prelado á su llegada á Lion fué el ir á cumplir con SS. MM., con el Príncipe y Princesa del Piamonte, y con los amigos que tenia en ambas Cortes. El Rey Cristianísimo habia heredado de su padre el Grande Enrique la estimacion y aprecio, que profesaba á nuestro santo; las Reinas, María de Medicis y Ana de Austria le apreciaban con particularidad; sus sentimientos hácia él llegaban á la vene-

racion: el Príncipe y Princesa del Piamonte en nada les cedian sobre el particular, y las dos Cortes, como á porfia, hacian justicia á aquella eminente santidad, que brillaba á su pesar en todas sus acciones. Tantos atractivos, parece, que debian unirle al mundo, pero no servian sino para disgustarle de él: siempre alerta contra todo lo que hubiera podido corromper su virtud, en cuanto habia cumplido con los deberes de su cargo, y con lo que exijian de él la caridad y bien parecer, se retiraba con sus queridas hijas de la Visitacion, y se apresuraba con tanto mas ardor á formarlas para la virtud, cuanto que sabia que se acercaba su muerte, y que dentro de poco ya no podria ayudarles sino con sus ruegos.

Ocupábase de esta suerte, cuando los padres Jesuitas fueron á suplicarle, que predicase el segundo domingo de Adviento en su Iglesia del colegio grande; se lo concedió, y desempeñó su encargo con un celo, que demostró muy bien que la gracia no se resiente de las debilidades de la naturaleza. Cuando se volvía á su casa despues de este sermón, se encontró con un caballero que habia sido muy rico, pero á quien el juego y demas desórdenes habian reducido á una extrema pobreza. Este desgraciado le pidió limosna y el santo Prelado se la dió tan abundante, que habiéndose sorprendido, le siguió mucho rato, dándole miles de gracias, y repitiéndole á menudo, que no cesaria de rogar á Dios que le volviese el centuplo de lo que le habia dado. *Mucho favor me hareis, le dijo el santo Obispo, pero daos prisa á procurarme tan gran bien, porque dentro de poco, ni vos, ni yo necesitaremos de cosa alguna.* Esto era pronosticar bien claramente la muerte del caballero y la suya. En efecto, el santo Prelado no acabó el mes, y el caballero le siguió á poco tiempo.

La vigilia de Navidad se le suplicó por la Reina madre, que mandase levantar en su nombre la cruz de los



padres Recoletos; hizolo así, y predicó con mucho celo sobre el nacimiento de Jesucristo. Al día siguiente confesó al Príncipe y Princesa del Piamonte, les dijo misa, y les dió la comunión. Por la tarde dió el hábito á dos hijas de la Visitación, predicó del misterio del día, y tuvo varias conversaciones piadosas con la comunidad. Se notó, que repetía con mas frecuencia de lo acostumbrado esta gran máxima: *que nada debía pedirse, ni rehusarse*. En efecto, no hay punto mas necesario para mantener la paz en los monasterios, y para desterrar de ellos la inquietud y la ambicion.

Al día siguiente notó, que su vista y fuerzas se disminuían, no dejó por esto de decir misa, encontrándose despues de haberla dicho con el Duque de Bellegarde, y el Marques de Alincourt, con los que habló largo rato al aire libre, que por ser muy frio, aumentó su indisposicion. Fué desde allí á casa del Duque de Nemours, para que volviese á su gracia á aquellos mismos oficiales de su Ducado del Ginebres, que tan mal se habian portado con el santo. Este Príncipe estaba muy descontento de ellos y habia resuelto quitarles sus empleos. Pero el enfado, que tenia contra ellos, no le impidió reparar en el conato que ponía el santo Prelado en servirles; admiróse de esto, y no pudo menos de decirle muchas veces, que despues de los malos tratamientos, que le habian hecho, no eran dignos de la bondad que tenia de hablar en su favor. El santo Prelado no aflojó en sus súplicas, y el Duque, que nada podia negarle, le concedió al fin todo cuanto quiso para unos hombres, que tampoco lo merecian.

Como debía partir este día, fué aun á casa del Príncipe del Piamonte á despedirse de sus Altezas Reales, y á terminar algunos negocios en que estaba interesada su Iglesia. Desde allí se volvió á su casa muy cansado. Como le diesen las botas, no las quiso al principio, pero habiéndoselas traído á poco su ayuda de cámara, le dijo:

*es preciso tomarlas, puesto que vos lo quereis, pero no iremos muy lejos*. Escribió en seguida algunas cartas de recomendacion que se las habian pedido, y recibió las visitas de varias personas que iban á despedirse de él. Pero habiendo reparado sus criados, que contra su costumbre no salía á acompañarlas, juzgaron que no se hallaba bien; en efecto, le encontraron tan abatido que le pusieron en cama, y al poco rato cayó en una apoplejia, de la que murió.

Ya hemos llegado á los últimos momentos de una vida inocente y santa, de una vida preciosa delante de Dios, y siempre ocupada en su servicio ú en el del prójimo. ¡Momentos temibles para los mas justos, pero mucho mas terribles para los hijos del siglo, que han pasado su vida sin pensar en Dios, y que despues de haberle olvidado en el tiempo de su misericordia, no se acuerdan de él sino en el de su justicia!

La muerte de San Francisco de Sales fué parecida á su vida, dulce, tranquila, llena de sumision á las órdenes de Dios, y de confianza en su infinita misericordia: acostumbrado á despreciar el mundo, y á mirar la vida presente como un destierro, vió con alegría como se disolvía su cuerpo; de nada se apartó con sentimiento, porque nada habia amado sino segun las disposiciones de Dios; y deseoso en gran manera de poseerle, no pensó en las criaturas sino para ofrecérselas en sacrificio. Esto es lo que se vá á ver en todas las circunstancias de esta dichosa muerte. Son demasiado edificantes, para que dejen de contarse.

En cuanto se supo en Lion, que el santo Prelado estaba enfermo de peligro, corrió todo el mundo á visitarle. Los padres Jesuitas de San José fueron los primeros en cumplir con este caritativo deber. Apenas hubo visto el santo Obispo al padre Rector acompañado del hermano boticario, que habia traído las medicinas, y que se esforzaba en consolarle, cuando le dijo: *padre*



*mio, me veis en un estado, en que no necesito sino de la misericordia de Dios, y en el que todo lo espero de su bondad.* Habiéndole respondido el padre, que Dios jamas abandonaba á los suyos, le preguntó si estaba pronto á someterse á su divina voluntad, caso que esta fuese la de llamarle á sí. *Jamas he tenido otra voluntad que la suya,* respondió el santo Obispo, *él es dueño y puede hacer de mí todo lo que sea de su agrado.* Pidió hacer en seguida su profesion de fé, hizola con grandes sentimientos de piedad, y rogó á todos los que estaban presentes, que fuesen testigos de como siempre habia vivido, y moría en la Religion católica.

Como su mal iba en aumento á pesar de que aun no estuviere formada la apoplegia, y como temia perder la presencia de espíritu tan necesaria para recibir los Sacramentos con la decencia y devocion que les es debida, pidió la extrema Uncion, no permitiéndole sus frecuentes vómitos recibir el Viático. Los médicos, que no tenían tiempo que perder para hacerle remedios, se opusieron, y dijeron que avisarian, cuando fuese preciso hacerlo. A esta sazón llegó el Vicario general del Arzobispado de Lion para preguntarle, si queria que se hiciesen por su salud las rogativas de las cuarenta horas en la Iglesia de la Visitacion; respondió que no lo merecia. El Vicario general insistió, y se le preguntó, si llevaba á mal que se rogase á Dios por él: *al contrario,* respondió el santo Obispo, *me hareis mucho favor, jamas he tenido mas necesidad de que asi se haga.* Como se temia que cayese en el sopor, le ocurrió á un eclesiástico que estaba presente, preguntarle para tenerlo desvelado, si era hugonote, y añadió que habia tenido demasiado trato con ellos para dar margen á dudar, de si lo era ó no. Entonces el santo Obispo, cuya fé habia sido siempre tan pura, y su celo por la conversion de los hereges tan ardiente, haciendo un gran esfuerzo: *¡oh! Dios me libre, juzgad por esta señal,* dijo hacien-

do la de la cruz. Oyósele despues repetir muchas veces: *la traicion seria demasiado grande, Dios mio, vos conocéis mi corazon.*

Al poco rato le preguntó el Vicario general, si temia á la muerte, y añadió, que los mayores santos la habian tenido miedo. El santo Prelado respondió: *que habian tenido mucha razon en temerla, y que debiendo decidir de nuestra eternidad, nada podia haber que fuese mas terrible.* ¡Oh muerte, continuó el Vicario general, *cuan amarga es tu memoria!* El santo Obispo prosiguió: *para los que han puesto su esperanza y salvacion en las riquezas.* Salió entonces el Vicario general, y mandó esponer el Santísimo en todas las Iglesias para pedir á Dios el restablecimiento de su salud; pero ya era un fruto maduro para el cielo. Viendo entonces que su mal era mas fuerte que los remedios, avisaron los médicos que ya era tiempo de darle la extrema Uncion. Dióle Dios en esta ocasion una serenidad que no es comun, y que tiene algo de milagrosa; la recibió con grandes sentimientos de piedad, respondiendo él mismo á las letanias con una tierna devocion. Como la apoplegia se formaba lentamente, y como su presencia de ánimo iba en aumento en lugar de disminuirse; se trató de sí se le daria el Viático; pero como habia dicho misa aquel mismo dia, y continuaba el vómito, se creyó que se podia pasar sin dársele.

Apenas hubo recibido este último Sacramento, cuando entró en su cuarto la Intendente con sus hijas para pedirle su bendiccion para ella, y toda su familia. Al mismo tiempo llegó el Duque de Nemours; estaba éste en cama muy molestado de la gota, cuando supo que el santo Obispo estaba á los últimos. La violencia del mal no fué capaz de detenerle, se levantó al momento, y se hizo llevar á casa del santo. No pudo ver á este santo hombre agoviado por la violencia del mal, y casi sin esperanzas de curar, sin manifestar su dolor con



grande abundancia de lágrimas. Se habia desimpresionado enteramente de sus prevenciones; le habia perseguido muchas veces de varios modos. Pero aquella eminente santidad, que todos respetaban en él, le habia como forzado á volverle su estimacion. De su enemigo se habia convertido en su admirador, y quiso dar muestras públicas de esto; postróse á sus pies, le cogió la mano, se la besó, y bañó en lágrimas, y le pidió la bendicion para sí y para el Príncipe del Ginebres, su hijo primogénito. Como se creia que el mal le impedía hacer alto en esta accion del Duque, se le preguntó si le conocia; respondió, que era el Duque de Nemours, que habia nacido vasallo suyo, que siempre habia sido su servidor, y que rogaba á Dios que le bendijese, y á toda su ilustre casa: al pronunciar estas palabras le dió su bendicion.

Apenas habia salido el Duque, cuando llegó el Obispo de Damas; era éste amigo íntimo del santo, y éste le apreciaba con particularidad: el Obispo le dijo al acercársele: mi querido hermano, vengo para ayudarte en cuanto pueda; porque ya sabeis que está escrito: *que el hermano ayudado por el hermano es como una ciudad bien pertrechada. Verdad es*, respondió el santo Prelado, dándole la mano; y tambien está escrito: *el Señor salvará á entrambos. Poned vuestra confianza en el Señor*, replicó el Obispo, *y él nos alimentará*, respondió el santo. Un momento despues dijo estas palabras de la sagrada Escritura. *Mi corazon y mi carne se han regocijado en Dios vivo; yo cantaré las misericordias del Señor por toda la eternidad. ¿Cuándo compareceré delante de vuestro rostro? Mostradme, ó mi bien amado, en donde apacentais, y en donde descansais al medio dia.* Habiendo entrado entonces á visitarle el Arzobispo de Embrun, le halló enteramente ocupado de Dios, y oyó que decia con fervor estas otras palabras de la Escritura. *¡O Dios mio, mi deseo está*

*delante de vos, y no os son desconocidos mis gemidos. Mi Dios y mi todo, mi deseo y el de las colinas eternas!*

Entretanto, como la apoplejía aumentaba insensiblemente, se le hicieron varios remedios violentos para impedir su curso. Se le habia puesto en la cabeza un emplastro de cantaridas, al quitársele se le habia arrancado la primera piel; se le aplicaron dos veces hierros encendidos en la nuca, y una vez un boton de fuego en la parte superior de la cabeza, que quemó hasta el hueso. Durante unas operaciones tan crueles, el santo Prelado, que no habia perdido el conocimiento, ni el habla, no dió la menor queja, solamente suspiró algunas veces, y vertió muchas lágrimas que le arrancó la fuerza del dolor. Pero como miraba estos padecimientos, como unas penas debidas á sus pecados, y como otras tantas satisfacciones para la justicia divina que nada deja sin castigo, repetia muchas veces estas palabras del Salmista: *lavadme, Señor, de mis iniquidades; quitadme mi pecado, purificadme siempre mas y mas.* Habiéndole aumentado el dolor, fué causa de que creciesen tambien sus deseos de unirse á Dios. *¿Qué hago yo aquí*, decia, *ó Dios mio, alejado de vos, separado de vos? venid á mi ó mandadme que yo vaya á vos. Sacadme de este valle de lágrimas, y correré tras el olor de vuestros perfumes.*

Unos sentimientos tan tiernos, tan dignos de un santo, próximo á dejar el mundo, é ir á gozar de Dios; de un santo á quien su estremada dulzura hacia amar hasta de sus mismos enemigos, arrancaron las lágrimas de todos los circunstantes, y no hubo uno que tuviese valor para hablarle, no oyéndose otra cosa que un confuso ruido de suspiros y gemidos. Pero habiéndolo notado el santo Prelado: no lloreis, hijos míos, les dijo; ¿no es preciso que se cumpla la voluntad de Dios? Despues de esto se quedó un rato sin hablar, lo que obligó



á uno de sus criados á decirle, mi señor, no nos habláis, decidnos alguna cosa. Vivid en paz los unos con los otros, respondió el santo Prelado; pero amad á Dios sobre todas las cosas. Volvió aun á callarse; pero como conviene mucho en esta clase de males, tener dispiertos á los que los padecen, le ocurrió á alguno el decirle que tuviese buen ánimo; y que aun se confiaba en verlo sentado algun dia sobre el trono de Ginebra. El santo, á quien estas palabras é ideas pomposas jamas habian agradado, respondió con su acostumbrada humildad. Nunca he deseado el trono de los ginebrinos; pero en cuanto á su salvacion y conversion, ó Dios mio, siempre os la he pedido y os la pido aun de todo mi corazón. Otro tuvo una ocurrencia mas feliz, haciéndole acordarse de sus queridas hijas de la Visitacion, y le preguntó, si tenia alguna cosa que encargarles. No, dijo, pero confio que Dios Todopoderoso, bueno y misericordioso acabará lo que ha empezado.

Yendo siempre el mal en aumento, se perdió la esperanza de que curase, lo que obligó al padre Ferrier Jesuita, que no se habia separado de su lado á exhortarle á hacer la oracion que San Martin: *señor, si aun soy necesario á vuestro pueblo, yo no rehusó el trabajo.* La profunda humildad del santo pareció algun tanto herida al ver que se le comparaba á un hombre tan grande, al que no obstante se parecia mucho, sin que hubiese otro que él que le conociera. Esta fué la causa por la que en lugar de decir esta oracion, repitió muchas veces que era un siervo inútil, de quien ni Dios ni su pueblo tenian necesidad. No hizo lo mismo cuando otro Jesuita le hizo que dijese: *santo, santo, santo, es el Señor, el Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.* Repitió esto muchas veces; pero se notó, que la idea de la grandeza, santidad y magestad de Dios le ocupaba tan vivamente, que estaba como agoviado. Perdió la palabra; y ya

no se conoció que aun vivia sino en el movimiento de sus labios, y en el de los ojos que levantaba al cielo de cuando en cuando.

Haciendo juzgar este accidente que ya le quedaba poco tiempo de vida, todos se pusieron en oracion para hacer la recomendacion del alma; y como llegasen á estas palabras de la letanía de los Santos, *Santos Inocentes, rogad por él,* el santo Prelado levantó los ojos al cielo por última vez, y entregó á Dios su espíritu puro é inocente con la misma tranquilidad con que habia vivido. Sucedió su muerte el dia 28 de diciembre del año 1622, fiesta de los Santos Inocentes, cuya pureza habia imitado, á las ocho de la noche, y á los cincuenta y seis años de su edad, y veinte de su pontificado.

Ha podido notarse por todo lo que dijo el santo Obispo en las últimas horas de su vida, que mas habia deseado, que temido la muerte; y ciertamente, despues de haber imitado la caridad del grande Apostol durante su vida, hubiera sido una cosa estraña, que hubiese estado poseido de otros sentimientos que de los suyos á la hora de la muerte. En efecto, si San Pablo ha podido decir que Jesucristo era su vida; que miraba su muerte como un provecho, y como una ganancia, y que deseaba la disolucion de su cuerpo para poder estar con Jesucristo, hay lugar de admirarse, de que un hombre apostólico como San Francisco de Sales, haya manifestado tan poco amor á la vida, tan poco temor á la muerte, y unos deseos tan ardientes de verse al fin reunido á la fuente de todos los bienes, al mismo Dios que habia amado con tanto ardor, y á quien habia servido con tanta fidelidad.

Pero como era posible que muriese en otros sentimientos el que tantas veces habia enseñado despues de San Agustin, que si nosotros consultamos nuestra fé, y los pensamientos, que ella debe inspirarnos, hallaremos que la vida arreglada, y el deseo de la muerte son in-



separables: porque segun él, no se puede ser verdaderamente cristiano, sin amar á Dios; y no se le puede amar sin ansiar el poseerle, y sin desear aquella vida eterna que promete á los que le temen. Por la fé se cree, que es bienaventurada aquella vida; se la promete uno por la esperanza; se ama y se desea alcanzarla por la caridad; asi es, que á proporcion que se adelanta en el ejercicio de estas virtudes tan esenciales al cristianismo, se adelanta tambien en el ejercicio de este santo deseo, y cuanto mas se desea aquella vida eterna, mas se desprende uno de la temporal, y mas se conoce, como conoció San Pablo, que el salir de ella es una ganancia, y una ventaja, puesto que sola la muerte nos hace entrar para siempre en la posesion de Dios, y que semejante posesion debe ser en este mundo el objeto de la verdadera piedad, y el fin de todos nuestros deseos. Tal ha sido la práctica de todos los santos; y puede decirse, que hubiera faltado alguna cosa á la eminente santidad de San Francisco de Sales, si hubiese muerto en otros sentimientos.

Cierto es, que la justicia de Dios tiene algo de terrible, y que jamas se debe uno creer bastante puro para no tener lugar á temerla, y que por mucho que haya uno podido hacer por Dios, siempre debe uno considerarse, como lo hacia el santo Prelado, por un siervo inútil: la esperanza, que debe animar á los cristianos, llegaria á ser presuncion, si uno se creia digno de la recompensa, que Dios ha prometido á los que le amen. Pero la caridad, que hace desear la muerte para hallarse unido á Dios de un modo que ya no permita que uno sea separado de él, es compatible con el temor que siempre debe tenerse de su justicia. Por otra parte la bondad infinita de Dios, sus misericordias que son sin límites, los méritos de Jesucristo, que nos ha amado hasta morir por nosotros, son unos fundamentos tan legítimos de esperar para un alma pura y desprendida del

mundo, que es raro que el deseo no venza en ella al temor. Se teme pues, se espera y se desea: pero en los santos de una caridad consumada, la esperanza y el deseo vencen al fin en ellos sobre el temor; y esto es lo que le hacia decir al santo Prelado: *¡ó Dios mio! venid á mi ó mandadme que yo me vaya á vos, sacadme de este valle de lágrimas, y yo correré tras el olor de vuestros perfumes.*

En cuanto se aseguraron de su muerte, se le abrió para embalsamarle, y entonces fué cuando se notó lo que ya se ha dicho, de que aquella gran dulzura que tanto se ha admirado en él; no le era natural; porque se encontró su hiel endurecida, y dividida en muchas pequeñas piedras á causa de la continua violencia que se habia hecho para dominar la cólera, á la que era naturalmente propenso. Sus vestidos y la sabana, que estaba teñida con su sangre, se repartieron entre varias personas de consideracion que las recibieron con mucho respeto, y las conservan aun en el dia, como unas preciosas reliquias. El Duque de Nemours pidió una medalla que llevaba puesta siempre, y su pectoral se le envió al Príncipe del Piamonte, y el anillo á la Princesa su esposa. Su corazón se puso en una fuente de plata, y se llevó con toda solemnidad y acompañado de un gran número de achas al monasterio de la Visitacion de Belle-Cour en Lion, en donde lo pusieron algunos dias despues en una caja de plomo, y en seguida en un relicario de plata.

Embalsamado ya su cuerpo, se le vistió de pontifical. Habiéndose estendido entonces la noticia de su muerte, corrieron las gentes de todas partes á darle pruebas de la estimacion en que se tenia su santidad durante su vida. El pueblo acudia en tropas á besar con devocion sus vestiduras, y á tocar á su cuerpo medallas, pañuelos y rosarios, y el concurso fué tan grande, y duró por tanto tiempo, que les costó mucho trabajo el poderlo llevar á la Iglesia de la Visitacion. Fué llevado allí en una cama



de respeto, en la que estuvo dos días, en cuyo tiempo se pronunció la oracion fúnebre, y se hicieron los sufragos acostumbrados. Pasósele en seguida en un ataud, y todo estaba ya dispuesto para llevarle á Saboya, cuando el Intendente de la provincia, á ruegos de los habitantes de Lion, que no podian sufrir que se les arrebatase aquel precioso depósito, se presentó y prohibió en nombre del Rey que se pasase adelante, hasta que se hubiesen recibido las órdenes de S. M.

Esta oposicion obligó á la familia de Sales á la que se dió conocimiento de ella, á escribir al Duque de Saboya, y este Principe envió al momento un extraordinario al Rey Cristianísimo con una copia del testamento del santo Prelado, que mandaba espresamente, que su cuerpo fuese enterrado en Annecy en la Iglesia de la Visitacion. No se necesitaba menor intercesion que la de un Príncipe tan grande, ni menor prueba de la última voluntad del santo Obispo, que su testamento en debida forma, para obligar á S. M. á consentir en que su Reino quedase privado de una alhaja tan preciosa: envió pues órdenes terminantes, permitiendo la traslacion. En cuanto se recibió la noticia en Annecy, el caballero de Sales acompañado de varios de sus parientes, y de dos canónigos de la catedral de Ginebra, se trasladó á Lion para procurar la ejecucion. Las órdenes del Rey eran tan terminantes, que no habia medio alguno de eludirlas; así es, que en cuanto llegó el día señalado para la ceremonia, el Vicario general seguido de una gran parte del clero y del pueblo, se presentó en la Iglesia de la Visitacion, desde donde acompañó este santo cuerpo hasta una distancia bastante larga de la ciudad, los vecinos no podian consolarse al verse privados de los preciosos restos de un santo, que tantas veces les habia honrado con su presencia durante su vida. Por el camino los habitantes de las ciudades, villas y pueblos por donde pasaba el santo cuerpo salian en tropas á recibirle, y el clero, sin

necesidad de ser convidado para ello, le acompañaba de una parroquia á otra.

Luego que estuvo á la vista de Annecy, y que el toque de todas las campanas dió señal de que se acercaba, se oyó un llanto general por toda la ciudad. No habia persona en ella que no hubiese creído haber perdido en él todo lo que mas queria; y especialmente todos los pobres, que siempre habian sido el principal objeto de sus cuidados, no podian consolarse, cuando pensaban que habian perdido su padre, su protector y su apoyo. Cuando estuvo ya cerca de la ciudad, salió á recibirle su hermano y sucesor el Obispo de Calcedonia, acompañado del clero y pueblo, bañados los ojos en lágrimas, y dando todos á porfia señales del mas vivo dolor. Se le dejó depositado dos dias en la Iglesia del santo Sepulcro, en tanto que se disponia la pompa fúnebre, cuando estuvo todo preparado se le llevó á la Iglesia de San Francisco, que sirve de catedral. El Obispo de Calcedonia celebró la misa, y despues que se hubo pronunciado la oracion fúnebre y concluido toda la ceremonia, se llevó su santo cuerpo á la Iglesia del primer monasterio de la Visitacion, en donde se le enterró cerca del altar mayor á mano derecha, y al pie de la pared. En adelante se trasladó á un magnífico sepulcro adornado de columnas de mármol y de varias inscripciones, para conservar en la posteridad una eterna memoria de sus virtudes, y de aquella santidad eminente que Dios coronaba en el cielo, en tanto que le honraba sobre la tierra con un gran número de milagros.

Mientras sucedian en Lion las cosas que acaban de contarse, la madre de Chantal estaba en Grenoble, desde donde debia pasar á Belley y Chambery por orden del santo Prelado. Como rogase á Dios por él en el día de los Inocentes, que fué el de su muerte, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: *ya no existe*. Ella entendió estas palabras en un sentido figurado. Ya no existe, dijo,



es verdad, Dios mio: ya no vive para sí mismo, pero vive para vos, y me hace vivir en vos. Como nada habia sabido de su muerte, ni aun de su enfermedad, ya no discurrió mas sobre estas palabras. Algunos dias despues recibió una carta del Obispo de Calcedonia, en que le noticiaba la pérdida comun que acababan de sufrir. Entonces comprendió el verdadero sentido de estas palabras. *Ya no existe.* Por algun tiempo fué excesivo su dolor; pero trayendo al instante á su memoria todo lo que habia oido decir al santo Prelado de la sumision á la voluntad de Dios, creyó, que no podia honrar mejor su memoria que practicando sus máximas, y ejecutando sus últimas voluntades. Asi es, que partió algunos dias despues para Belley y Chambery, y se volvió á Annecy para disponer sus exequias.

Habiendo cumplido con este deber con aquella grandeza de alma que le era natural, se dedicó con mucho esmero á recojer todos los escritos de este santo Obispo, y á ella es á quien se debe que hayan visto la luz pública sus cartas, meditaciones, conversaciones y sermones, como tambien su excelente libro del amor de Dios. Mandó escribir en seguida las memorias de la vida del santo Prelado, y desde entonces trabajó sin descansar en las pruebas de sus milagros con tanta aplicacion y fruto, que se puede decir que el Orden de la Visitacion le debe á ella la canonizacion de su santo fundador.

Despues de haber cumplido de este modo con todo lo que juzgaba que debia á la memoria de aquel grande hombre, pensó que no podria hacer cosa mejor que arreglar interior y exteriormente el Orden que habian fundado juntos, siguiendo su espíritu y máximas. Con este objeto hizo reunir en Annecy todas las antiguas superiores del Instituto. Reunidas, juntaron todo lo que el santo Obispo habia escrito para la direccion y perfeccion del Orden, y compusieron de todo ello un libro que llamaron de costumbres. La madre de Chantal no quiso tener otra

parte en esta obra, que una gran exactitud en no dejar poner cosa alguna en ella, que no fuese de su santo fundador, sea por memorias escritas de su mano, ó por haber practicado bajo su direccion las máximas, que ella ponía en su regla.

En fin esta santa muger, despues de haber dado al Orden de la Visitacion mil ejemplos de virtud, despues de haber fundado setenta y cinco monasterios en los diez y nueve años que sobrevivió al santo Prelado, despues de haberse manifestado en todas ocasiones su digna hija espiritual, y su fiel discípula, murió en Moulins en opinion de santidad el 15 de diciembre del año 1644; su cuerpo fué llevado á Annecy, y enterrado en la Iglesia del primer monasterio de la Visitacion.

Antes de su muerte tuvo la satisfaccion de ver autorizada por Dios la santidad del bienaventurado Prelado con muchos milagros que se obraban en su sepulcro, y en otras partes por su intercesion. No eran menores los que acaecian en Francia con solo tocar su corazon, que habia quedado en Lion en el monasterio de la Visitacion de Belle-Cour, en donde se conserva aun con mucha veneracion. Algun tiempo despues de su muerte, el Duque de Vendome regaló á este monasterio un corazon de oro para encerrar en él el del santo Obispo en reconocimiento de varios favores, que habia obtenido de Dios por su mediacion. En el año de 1638, despues de su muerte, habiendo curado de una peligrosa enfermedad el Rey Luis XIII por haberle aplicado este santo corazon, regaló al mismo monasterio un corazon mas grande que el primero de que se ha hablado, como prueba perpetua de su reconocimiento, y del crédito de este gran santo cerca de Dios. La difunta Reina madre Ana de Austria su esposa ha dicho repetidas veces, que la Francia le era deudora de la conservacion de Luis el Grande, y que por sus oraciones se habia librado de unas viruelas locas muy malignas, de las que habia llegado á la muerte,



Habiéndole adquirido estos milagros, y otra gran porcion que seria largo referir, la veneracion de los pueblos que corrian en tropas á su sepulcro, y que le invocaban públicamente como á un santo, obligaron al Orden de la Visitacion á dirigirse al Papa para obtener su beatificacion. Su Santidad nombró al momento los comisarios para informar de su vida y sus milagros. Esta informacion se hizo con tan grandes precauciones, que es preciso decir, que jamas puede ser cierto lo que depende del testimonio de los hombres, sino lo son los milagros que se han asegurado. Antes de que se hubiese concluido esta informacion, murió Inocencio X que era el que la habia mandado haer. Habiéndole sucedido el Cardenal Fabio Chigi, bajo el nombre de Alejandro VII, se empezaron á hacer nuevas instancias al efecto. Se tenia tanto mas motivo de confiar en el buen éxito, quanto que él mismo podia dar pruebas auténticas de la santidad del Obispo de Ginebra. Por este mismo Papa, estando en Munster en cualidad de plenipotenciario el año precedente á su exaltacion, habia curado de una peligrosa enfermedad por la intercesion del santo Obispo, y habia reconocido él mismo, que debia á sus oraciones la salud, que habia recobrado, enviando una suma considerable á Annecy para contribuir á la construccion de la Iglesia, en donde estaba enterrado su cuerpo, y habia tambien prometido contribuir con todo su poder á su beatificacion, cuando estuviese en Roma.

Estas ventajas dieron margen á la Duquesa de Montmorency que se habia retirado á Moulins, al monasterio de la Visitacion, para escribirle despues de su eleccion recordándole su palabra. Solicitó tambien su cumplimiento por medio de varios Cardenales á quienes escribió; pero el Papa estaba instado mucho mas vivamente por su propio reconocimiento, y por las pruebas indudables y personales, que tenia él mismo de la santidad del Obispo de Ginebra, y de la dicha que disfrutaba en el cielo.

Asi es, que sin esperar á que se cumpliesen los cincuenta años que pasan regularmente desde la muerte de un santo hasta su beatificacion, le beatificó nueve años antes, el 28 de diciembre de 1664, y el Breve fué dirigido al primer monasterio de Annecy.

Entonces se sacó del sepulcro el cuerpo del bienaventurado Prelado y se colocó en el altar dentro de una rica urna de plata, regalada por Cristina de Francia, Duquesa de Saboya. Se esperaba, que la canonizacion seria al año siguiente; pero como todo se hace en Roma con mucha madurez, pasaron tres años sin que se adelantase cosa alguna en este negocio.

Esto fué lo que obligó al Rey Cristianisimo, á las Reinas su madre y esposa, á la Reina viuda de Inglaterra, á los Reyes de Polonia, y al Duque y Duquesa de Baviera á escribir al Papa, suplicándole que lo terminase. La asamblea del clero de Francia, los Ordenes religiosos, los Parlamentos y Gobernadores de las provincias unieron sus instancias á las de tantos ilustres personajes, y á fin de dar mayor solemnidad al asunto, el Rey envió á Roma á los Obispos de Evreux, y de Soisons para solicitar en su nombre, y en union con el Duque de Crequy su embajador, la canonizacion del bienaventurado Obispo de Ginebra.

Un empeño tan general acabó de determinar al Papa; asi que despues de las formalidades y ceremonias acostumbradas fué canonizado con mucha solemnidad el domingo 19 de abril del año 1665, mandando el Papa que se celebrase su fiesta en la Iglesia el 29 de enero de cada año, bajo el titulo de Confesor Pontífice.

Al enviar el Papa la Bula de la canonizacion á las religiosas de la Visitacion de Annecy las envió tambien un estandarte muy rico. Por un lado se veia el santo Prelado del tamaño natural y vestido de pontifical, y por el otro estaba en traje de canónigo, y tal como lo llevaba cuando era Preboste de Ginebra.

En esta Bula, que se envió despues á todas las Igle-



sias de la comunión Romana, despues que el Papa le ha dado todas las alabanzas que pueden darse á los mejores santos, le alababa en particular por haber convertido sesenta y dos mil hereges. Este hecho á pesar de lo maravilloso que parece, se tenia en Roma por tan constante, en razon á la averiguacion exacta que de él se hizo, que se puso despues en las lecciones que se leen todos los años en la Iglesia en el dia de su fiesta. Ademas de tantos milagros del santo, como se habian verificado, refiere el Papa siete de los mas constantes y auténticos. El primero el de un muerto resucitado por su intercesion: el segundo el de un ciego de nacimiento, que recobró la vista en su sepulcro: el tercero y cuarto son de un paralitico y un tullido curados: el quinto es tambien de un muerto resucitado; y en fin el sexto y séptimo de otros dos tullidos curados repentinamente en su sepulcro.

Los que saben las estraordinarias precauciones, que se toman en Roma para la verificacion de los milagros, no tendrán dificultad en creer á lo menos los que acababan de contarse; de otro modo todo lo que depende de la fé humana seria incierto, y uno se veria reducido á no creer sino lo que hubiese visto con sus propios ojos; cosa que jamas ha pasado por la imaginacion de persona alguna por poco razonable que sea.

Al año siguiente, al enviar el mismo Papa á su sepulcro, una cruz y seis candeleros de plata de un peso y trabajo estraordinario, unió á este regalo un Breve dirigido á las religiosas de la Visitacion de Annecy: este es otro elogio de San Francisco de Sales. Dice entre otras cosas, que la prudencia y virtudes del santo Prelado, difunden una luz saludable por toda la estension del mundo cristiano; que despues de haberle iluminado desde sus primeros años, despues de haber admirado desde un principio su brillante mérito, y su doctrina enteramente divina, ha elegido como su principal guia y maestro, para señalarle los caminos que debia seguir durante su vida.

Prosigue repitiendo todavia, que sus heroicas virtudes y saludables escritos son como otras tantas achas encendidas, que llevan el fuego y la luz á todas las partes de la Iglesia.

A estos elogios del Papa podria añadirse todo lo que han dicho los hombres mas grandes de nuestro siglo en alabanza de este santo Obispo; pero como esto seria excederse de los límites de la historia, nos contentaremos con decir, que hay pocos santos en la Iglesia que sean mas generalmente respetados. De todas las partes de la Europa concurren gentes diariamente á su sepulcro. La reputacion de su santidad ha pasado hasta las Indias Occidentales, y pueblos enteros lo han escogido por su protector para con Dios.

Asi es como el Todopoderoso, el Padre de las luces y misericordias, el Dios de toda verdad, despues de haber prometido que los que creyesen en él y fuesen imitadores de la santidad de su Hijo, harian mayores milagros que los que habia hecho él mismo sobre la tierra; asi es repito, como este justo Juez corona sus propios dones. Porque en fin, por escelencia que reconozcamos en los santos durante su vida y despues de su muerte, la Iglesia católica no admite alguna, que no venga de Dios. Hace profesion de creer, que no tienen consideracion alguna delante de él, sino por sus virtudes: que estas virtudes son unos dones de la gracia, y que la eterna felicidad que es su recompensa, no se adquiere sino por una humilde dependencia, y por una sumision y perfecta conformidad con su divina voluntad.

Por esta constante sumision á las órdenes de Dios y por la continua y exacta práctica de sus mandamientos y consejos, fué por donde San Francisco de Sales adquirió aquella santidad eminente, que el Padre de las misericordias se ha dignado coronar en el cielo, y que la Iglesia propone á los fieles sobre la tierra para que sea un objeto de imitacion. Habia recibido de Dios, como Salomon, una inclinacion natural al bien, un alma tierna y



bienhechora, un corazón recto, firme, constante y unido siempre á sus deberes. Esento de aquella vicisitud desgraciada, que causa las caídas y recaídas, y que no permite á los hombres marchar constantemente por el camino de la virtud; la amó desde que pudo conocerla; una vez conocida la practicó sin interrupción. Por gracia particular de Dios conservó hasta la muerte la gracia, que había recibido en el bautismo: esta fué el fundamento de todas sus demás virtudes; un temor respetuoso, un amor tierno hácia Dios, una ardiente caridad hácia el prójimo, un celo infatigable por la salvación de las almas, una humildad profunda, una invencible paciencia, una dulzura á toda prueba, y un desprecio de sí mismo, que no podía ser mayor, eran como otros tantos arroyuelos que corrian continuamente de una fuente tan pura.

Instruido desde sus primeros años en la escuela de Jesucristo, respetó y amó siempre á la Iglesia como á su madre; uniéndose á su doctrina; evitó con cuidado en sus escritos y conducta aquellos caminos desviados, aquellas sendas particulares y estraviadas, que jamás dejan de conducir al precipicio; en una palabra fué sabio sin orgullo, sin adhesión á su propio dictamen, humilde sin bajeza, firme sin dureza, dulce sin flojedad, sin aquella débil condescendencia, tímida é interesada que adula al crimen, por contemplar al pecador; y ocupado siempre de la gloria de Dios, y de la salvación de las almas, se hizo todo á todos, para ganar á todo el mundo para Jesucristo.

Esta misma gloria del Todopoderoso es la que se ha tenido presente al escribir esta vida. Con este solo fin debe leerse. Porque al cabo por grandes que sean los santos, por elogios que se hagan de ellos, solo Dios es el que los ha santificado por su gracia, los ha iluminado con su prudencia, y los ha sostenido por la fuerza de su espíritu. Así es, que ellos no han sido sobre la tierra, ni son en el día en el cielo, sino lo que el Señor los ha hecho por su infinita misericordia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

## LISTA

### DE LOS SS. SUSCRIPTORES A ESTA OBRA.

#### En Zaragoza.

- Sr. D. Joaquin de Eguía, Brigadier de los Reales ejércitos.  
 Sr. D. Francisco Javier de Vallarino, Coronel de idem.  
 D. Esteban Masía, del comercio de Tortosa.  
 D. Pedro Serrato, presbítero beneficiado de la parroquial Iglesia de Santiago de esta ciudad.  
 D. José María Zoloaga, presbítero.  
 D. Francisco Boneta, Canónigo de la insigne Iglesia colegial de Daroca y comensal del Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, por tres ejemplares.  
 D. Vicente Ribera.  
 D. Cayetano Aznar, presbítero, escolar del Sto. Templo Metropolitano del Salvador.  
 D. Francisco Nuin, presbítero.  
 D. Tomás Ceñito, sochantre del Sto. Templo Metropolitano del Salvador.  
 D. Manuel Tomás, idem, idem.  
 Dr. D. Rafael Herranz y Sanz, Catedrático de Cánones de esta Real Universidad y beneficiado de la parroquial Iglesia de Sta. María Magdalena de esta ciudad.  
 D. Julian Fernando.  
 D. Pedro Larrosa, Racionero de Mensa del Sto. Templo Metropolitano del Salvador, por dos ejemplares.  
 D. Salvador Castan.  
 D. Felipe Llovet, presbítero.  
 El M. R. P. M. Fr. Faustino Garroverea, Ex-Provincial de Mínimos y Catedrático de sagrada Teología de esta Real Universidad.  
 D. Andres Joaquin Navarro.  
 D. Manuel Galeria, presbítero.  
 El M. R. P. Fr. Joaquin Nuez, mercenario.  
 Dr. D. Juan José Biec, Canónigo de la Sta. Iglesia de Huesca, por dos ejemplares.